

lega de Amílcar, á Aníbal, y lo ató á la cruz de Espendio, y treinta de los principales cartagineses perecieron en atroces suplicios; pero atraído á campo raso, fué vencido en una gran batalla, conducido á Cartago y entregado para ludibrio al populacho.

La guerra *inexpiable*, como se la llamaba, había durado tres años y cuatro meses. «No sé, dice Polibio, que en ninguna otra guerra se haya llevado más lejos la barbarie y la impiedad.» El hombre había caído allí, lo que sucede con frecuencia, por debajo del bruto, que mata para comer; sino que el bruto por feroz que sea no atormenta.

En una república mercantil que se deja arrastrar á largas



Guerrero cartaginés (1)

guerras, se forma necesariamente un partido militar, cuya importancia crece á proporción de los servicios, y que acaba por sacrificar las libertades del país en interés de su jefe. Así pereció la república holandesa (2): así debía acabar Cartago. Fuera de esto, preciso es que una constitución esté muy arraigada en un país para que no sufra menoscabo en una guerra desgraciada. La oligarquía cartaginesa llevó la pena de los desastres de la primera guerra Púnica, y la necesidad de armar á los ciudadanos todavía la enflaqueció más fortaleciendo el elemento popular. Si nos fuera más conocida la historia interior de Cartago, encontraríamos en ella curiosas revelaciones sobre los dos grandes partidos que la dividían y que los historiadores apenas nos dejan entrever. Acaso Hannón y los suyos, á quienes nos representan como vendidos á Roma ó bajamente celosos de Amílcar y de su hijo, aparecieran como ciudadanos justa-

(1) Guerrero barbudo, en pie y ceñido de coraza, que se encontró en Sicilia en 1762. Tenía en la mano derecha una espada, cuya empuñadura aun conserva. Cailo vió en él un soldado cartaginés. Estatuita de bronce: altura, 12 cents. !. Gabinete de Francia, n.º 2976 del catál. Chabouillet.

(2) Aníbal era el futuro *stathouder* de Cartago; los Hannones sus Witt. Lo mismo sucedía en Siracusa, en todas las repúblicas griegas de Sicilia, en todas las de la Edad media en Italia.

mente alarmados por el favor creciente, con el pueblo y el ejército, de una familia que parecía investida por derecho hereditario, del mando de los ejércitos, y amenazaba á Cartago con una dictadura militar.

En efecto, en la primera guerra púnica, Amílcar había prestado grandes servicios; sin embargo se nombró á Hannón contra los mercenarios. Cuando su incapacidad obligó al senado á oír los votos del ejército y le envió á Amílcar, le fué dado por colega otro Hannón; pero los soldados hubieron de expulsarlo, y Amílcar lo reemplazó con un general, de nombre Aníbal, probablemente de su facción.

Muerto éste, el senado se dió prisa en enviar de nuevo á Hannón con treinta senadores encargados de reconciliar á los dos caudillos y de vigilar á Amílcar, y fué menester que el héroe compartiera con su rival la gloria de terminar aquella guerra. El salvador de Cartago bien merecía brillantes recompensas, y lejos de esto, se le humilló con vergonzosas acusaciones. El ejército y el pueblo estaban por él; pero fuera patriotismo, fuera conciencia de la fuerza que conservaban aún aquellos grandes que lo ultrajaban, fuera, en fin, deseo de aumentar con nuevas victorias su reputación y la influencia de su partido, se dejó desterrar con sus victoriosas tropas y partió para someter á Cartago las costas de Africa y de España. Esta conquista, se decía, será una compensación de la pérdida de Sicilia y de Cerdeña (3).

Amílcar invirtió aquí nueve años, durante los cuales, dice Polibio, sometió gran número de pueblos por medio de las armas ó de los tratados, hasta que pereció en una batalla contra los lusitanos á orillas del Guadiana. El botín recogido en la rica España había servido para comprar al pueblo y parte del senado (4). La facción barcina crecía y como su principal apoyo estaba en el pueblo, favorecía las invasiones de la asamblea popular, que poco á poco llegó á hacerse preponderante en el gobierno. Con esto, el yerno de Amílcar, el favorito del pueblo de Cartago, Asdrúbal, hubo de heredar, á pesar del senado (5), el mando que dejó su padre. Continuó sus conquistas con un ejército de cincuenta y seis mil soldados y doscientos elefantes, avanzó hasta el Ebro, donde espantados de sus progresos los romanos, lo detuvieron con un tratado (227), y para consolidar su poder, fundó la ciudad de Cartagena, en la más favorable posición, en medio de la costa de España, enfrente del África, delante de un amplio puerto y cerca de unas minas que le daban diariamente trescientas libras de plata. En pocos años y con inmensos trabajos se hizo una gran ciudad, que vino á ser como la capital de los futuros Estados de la casa barcina (6).

Sin embargo, Asdrúbal fué asesinado por un esclavo galo que vengaba en él la muerte de su amo, asesinado á traición. Los soldados eligieron para ocupar su puesto al hijo de

(3) Según Apiano, partió á pesar del senado para España, donde Cartago tenía ya algunas posesiones y relaciones de comercio.

(4) *Pecunia totam locupletavit Africam* (Corn. Nep., Amílcar, 4).

(5) Gades era la capital fenicia de España, pero los Barcas querían una ciudad nueva. Gades, por otra parte, ocupaba una posición demasiado excéntrica y conservaba el amargo pesar de su pérdida independencia.

(6) Hannón dice, oponiéndose al envío de Aníbal al lado de Asdrúbal: *An hoc timemus, ne... nimis sero imperia immodica et regni paterni speciem videat?* Y añade, hablando de Amílcar: *cujus regis... y del ejército: hereditarii exercitus...* (Tito Livio, XXI, 3). Este discurso de Hannón está hecho por Tito Livio, pero representa la opinión que los antiguos tenían, y que, según todos los indicios, debemos tener nosotros mismos de la ambición de los Barcas. Otro caudillo militar, Malco, había conducido ya su ejército contra Cartago y tomado la ciudad sin proclamarse rey; pero fué condenado á muerte bajo la inculpación de haber aspirado á la tiranía. (Justin., XVIII, 7.)

su antiguo general, Aníbal, que hacía tres años que combatía en sus filas. El pueblo confirmó y el senado aceptó al nuevo rey, como quiera que España y el ejército sólo eran ya una herencia de los Barcas.

Tal era, en 219, la situación de Cartago. Todo anunciaba

una próxima transformación de esta antigua república. Pero Aníbal, como César, dos siglos después, tenía necesidad de soldados y victorias para volver como señor á su patria. César conquistó la dictadura en la Galia; Aníbal la buscó en la segunda guerra Púnica, que su padre le había legado.

CAPÍTULO XXII

ESTADO INTERIOR DE ROMA EN EL INTERVALO DE LAS DOS GUERRAS PUNICAS

I. — COMIENZOS DE LA LITERATURA ROMANA. — JUEGOS Y FIESTAS POPULARES.

Para devolver á Italia sus anejas naturales, Sicilia, Cerdeña y Córcega, y hacer de estas islas los puestos avanzados del nuevo imperio; para proteger su comercio contra los corsarios de la Iliria, y su reposo y su fortuna contra los piratas de tierra, albergados en la Cisalpina, había dado Roma innumerables combates é inmortales ejemplos de perseverancia. De aquellas tremendas luchas había salido segura de su fuerza propia y de la fidelidad de sus súbditos y aquel tiempo es la edad de oro de su existencia republicana.

Sin embargo, desde la guerra del Samnio, costumbres, religión, organización política, todo había dado un paso adelante. Las riquezas sacadas del pillaje de ciudades industriosas y comerciales, los tributos pagados por Sicilia y Cartago, las ideas adquiridas al contacto de tantos hombres y cosas, producían novedades á las cuales se habituaban insensiblemente los romanos. Antes de tres cuartos de siglo, Roma no estará ya en Roma. Sigamos estas lentas infiltraciones de costumbres y de ideas extranjeras que van á modificar tan profundamente la sociedad latino-sabina de los primeros siglos. En el estudio de estas inevitables transformaciones se encuentran el interés y la utilidad de la historia.

La lengua latina, instrumento sonoro, pero incompleto, conservaba aquella majestad imperativa, tan bien marcada en las *Doce Tablas*, y que después de la fluida elocuencia de Cicerón y de Tito Livio, volverá á encontrar en la viril concisión de Tácito y de los grandes juriconsultos del imperio. Era impropia para expresar las ideas abstractas, que por otra parte, no tenía aquel pueblo; de modo que Aristóteles y Platón á duras penas hubieran podido servirse de ella.

Con todo eso, por el uso mismo, se doblegaba y perdía sus asperezas. En el Foro y en la curia tenía Roma oradores escuchados, y en los campamentos y hasta en los campos de batalla, arengaban los caudillos á sus tropas para persuadirlos antes de mandarlas. Ni podía ser de otra manera en un Estado republicano, donde la palabra vale tanto como la espada, por el bien ó el mal que puede hacer.

La elocuencia tenía también su dios protector, Mercurio, cuya estatua, elevada en la plaza pública de las ciudades, presidía en ellas á la vez el comercio y las deliberaciones.

El uso de las oraciones fúnebres era muy antiguo. Ya hemos visto un fragmento de la que Q. Metelo consagró al vencedor de Panorma. Es un género que se perfeccionará rápidamente. En la siguiente generación, pronunciará el Temporizador ante todo el pueblo y frente al lecho mortuario de su hijo, una arenga que Plutarco se atreverá á comparar con las de Tucídides.

Comenzaba también otro género, que se desarrollará andando el tiempo hasta venir á ser una de las glorias más puras y legítimas de Roma. El primer pontífice máximo plebeyo (254), Coruncanio, acababa de abrir una escuela de jurisprudencia para explicar la ley á todos los que se presentaban, sin excluir á nadie, como sus predecesores, que sólo la explicaban á los patricios, ganosos de obtener un puesto en el colegio de los pontífices. Estas escuelas se multiplicarán, y en ellas se formará la única ciencia que los romanos crearan, el derecho civil.

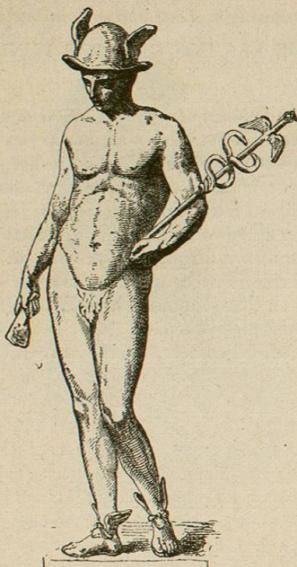
La tradición oral conservaba muchas cosas, pero las necesidades intelectuales eran tan limitadas, que las narraciones del atrio y del hogar (1) bastaban á una curiosidad que no se despertaba. Roma vivió quinientos años sin hacer un libro ni un poema, ni siquiera una de esas canciones de soldados, uno de esos himnos guerreros que se encuentran en todos los pueblos. La primera pieza del tarentino Livio Andrónico, liberto de un consular, se representó en 240 para la celebración de los juegos romanos; la del campaniense Nevio parece ser de 231, y, en el intervalo de las dos guerras púnicas, comenzó Fabio Pictor sus libros de Anales. Comenzaban en la llegada de Eneas al Lacio, y el soldado de Trasimeno los continuó hasta los acontecimientos de que fué testigo (2). Polibio, Tito Livio, Dionisio de Halicarna-

(1) Sin embargo, dice Catón que los convidados tenían la costumbre de cantar á la redonda, al son de las flautas, las hazañas y virtudes de sus antepasados. (Cic., Tusc., IV, 2, y Val. Max., II, 1, 10.) Horacio afirma que era un antiguo uso, *more patrum* (Carm., IV, xv, 26-32). Había también lamentos funerarios, *nenie*. Pero la tradición, tan tenaz en conservar los cantos populares, no ha conservado en Roma nada de estas rudas poesías, lo que hace creer que no conmovieron mucho la fibra nacional.

(2) Hacia el tiempo de Pirro, la creencia del origen troyano de Roma estaba ya establecida, y al fin de la primera guerra púnica los romanos se autorizaban con ella para intervenir en Grecia en favor de los acarnanios (Dionis., I, 52; Just., XXVIII, 1). Nevio, Ennio, Fabio Pictor no tenían ninguna duda sobre esto. En un cisto encontrado en otro tiempo en Preneste, con todo su contenido, un artista italiano, inspirado por el arte griego, hubo de representar, siglo y medio antes de Virgilio, esta leyenda y los combates de Turno y Eneas. No existiendo ya la parte superior del cisto, no se ve más que la mitad del combate; pero la cubierta representa la última escena. Eneas pidió la mano de Lavinia, hija de Latino y de Amata, y ésta, que se le había prometido á Turno, se la negó. De aquí la guerra. Eneas hiere mortalmente á su rival; Amata se da la muerte, y Lavinia se casa con Eneas que hace las paces con Latino. Estos son los últimos actos de aquel drama representados en la cubierta. Eneas hace llevar el cuerpo de Turno á presencia de Latino; al otro lado, desesperada, Amata huye para darse muerte, mientras Lavinia se niega á seguirla. La tercera mujer representada, es sin duda una ninfa, una sibila ó cualquiera mujer fatídica, intérprete ó reveladora de los destinos futuros. Latino toma la mano de Eneas, y con la otra jura la paz, pisando armas y escudos. Los dos personajes alados son el Sueño y la Muerte, ó genios representados por un artista que no comprende ya esta vieja teología, ó acaso las *Dirae* de Virgilio (*Æn.*, XII, 845) *hijas de la sombra no-*

so y Dion Casio tenían en estimación su obra en que ciertamente faltaba el arte, pero donde se encontraban muchos datos preciosos para el conocimiento de las instituciones. El autor la escribió en griego por desdén al idioma vulgar. Se cree, sin embargo, que hizo una versión latina.

No nos pertenece estudiar de cerca sus primeros escritos: la historia literaria no nos interesa sino como expresión del estado de las costumbres y de los espíritus; bastará señalar que el momento en que nos encontramos es aquel en que, bajo la influencia de los grandes acontecimientos que suce-



Mercurio (1)

den, y por la influencia de la Grecia que penetra más y más cada día, el genio latino se despierta en fin para las cosas del espíritu.

¿Por qué este largo sueño y estos comienzos de la literatura abandonados á extranjeros? Es que este pueblo ama por encima de todo la fuerza y la destreza, y no teniendo ninguna propensión al ideal, ni la imaginación que á él lleva, no ve más que la realidad de las cosas, ni sabe ocultarla bajo graciosas ficciones. No hay que hablarle del arte de Esquilo y Sófocles, ni de los religiosos terrores del teatro ateniense; no se conmueve sino en presencia de verdaderos dolores, de la sangre viva que sale de las heridas y corre á dar la muerte. Si se le ofrecieran las comedias de Aristófanes, correría más que de prisa á los juegos florales

che. Ambos son del sexo masculino; uno va á apoderarse de Turno; el otro duerme aún, pero se despertará cuando Amata haya consumado su designio.

Los personajes colocados por debajo de la escena principal no tienen acción en ella. Uno de ellos es un panzudo Sileno; el otro el río Numicio, y la mujer la fuente de Juturno, triste de perderse en el profundo río (Virg., *Ibid.*, XII, 885-6).

Caput glauco contextit amictu

Multa gemens et se fluvio dea condidit alto.

H. Brun (*Ann. du Boll. Archéol.*, 1864, pág. 367) fija la fecha de este cisto en el siglo VI de Roma, hacia la segunda guerra púnica ó poco después.

(1) Mercurio con el petaso y los taleares, el caduceo y la bolsa, que son sus atributos. Figurilla de bronce encontrada en Arles. Colec. del gabinete de Francia, núm. 2996 del catál. Chabouillet.

y á las Atelanas, al amor brutal y á las obscenidades. Lo que los griegos referían en indignados versos ó envolvían en un mito divino, él lo pondrá en acción en el teatro. Leda, por ejemplo, y el cisne adúltero, ó la inmunda Pasífae, que representarán los teatros del imperio.

Los romanos tenían ciertamente muchas fiestas muy graves, y en sus procesiones religiosas, jóvenes de ambos sexos cantaban himnos piadosos que todos podían oír. Tito Livio menciona muchos de ellos, y Cátulo nos ha dejado uno, pero es obra del poeta:

«Nosotros, que estamos consagrados al culto de Diana, mozos y mozas de puro corazón, nosotros cantamos sus alabanzas.

»¡Oh poderosa hija del gran Júpiter! Tú que reinas en los montes y bosques verdeantes, en las misteriosas enramadas y en las ondas sonoras;

»Tú, á quien invocan las mujeres en sus dolores de parto; tú, poderosa Hécate, á quien presta su luz el sol divino;

»Tú, que en tu curso mensual trazas el círculo del año y llenas de abundosa cosecha la granja del sencillo labrador;

»¡Oh Santísima! con el nombre que te plazca ser invocada por tus devotos, sé como siempre, oh diva, sé piadosa con la antigua raza de Rómulo.»

Pero aquellos hombres tan piadosos y habitualmente tan graves, eran al mismo tiempo muy groseros, y tanto les placía lo solemne como lo grotesco. En las pompas triunfales que nos representamos nosotros con la triple majestad del senado, del pueblo y del ejército avanzando entre dos hileras de templos hacia el Capitolio, paseaban figuras gigantes y mascarones, brujas de agudos dientes (*Lamia*) á modo de vampiros de cuyo vientre se sacaban vivos, los niños que se habían tragado, y espantajos (*Manduci*), monstruos colosales que avanzaban «con amplias, largas y horribles quijadas bien guarnecidas de tamaños dientes arriba y abajo, las cuales quijadas, con el artificio de un cordel oculto chocaban entre sí haciendo espantable ruido. (2).»

Estas monstruosas máquinas hacían llorar á los niños, gritar á las mujeres y reír á los hombres, con lo cual era completa la fiesta. Nos gusta el soldado, que tras el carro triunfal, hace pagar á su general con acerados sarcasmos el rescate de su gloria, y para ser más libre en sus burlescos versos, se disfraza con una piel de cabrón y se cubre la cabeza con un penacho de erizados pelos (3). También nos gusta el esclavo, que encargado de sostener la corona de oro por encima de la cabeza del triunfador, le murmura al oído: «Acuérdate de que eres hombre» (4). Pero Petreya, la vieja ebria, que dando traspies, abre la marcha del cortejo, nos repugna; ni nos divertirían los dichos que Citeria dirigía á los espectadores (5).

Pero divertían mucho á los romanos, los cuales en cuanto dejaban de ser graves, gustaban de las risotadas, de las palabras chistosas y de los mordaces epigramas. Horacio, muy delicado, no era aficionado á aquellas improvisaciones chocarreras y audaces, que expresadas en el más libre de los versos, el metro saturnino, tomaban una apariencia de lite-

(2) Rabelais, *Pantagruel*, IV, 59.

(3) Dion. de Halic., VII, 74.

(4) Tertul., *Apol.*, 33.

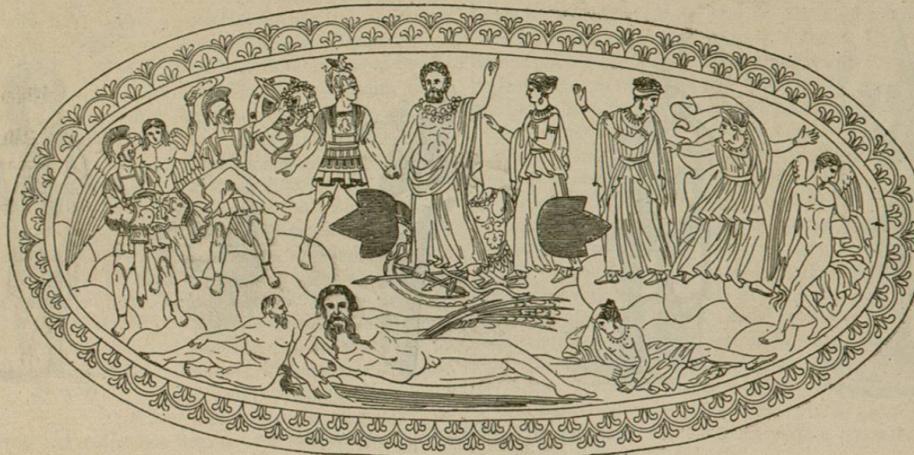
(5) *Fest.* s. v. Estas dos mujeres eran dos mascarones. Sabido es que casi todas las grandes ciudades de Italia tienen aún el suyo: Polichinela en Nápoles, Pasquino en Roma, Stenterello en Florencia, Arlequin en Bérgamo, Pantaleón (*Pantaleone*) en Venecia, etc. Ya vimos en otro lugar como los *Tubicines* recorrían en ciertos días las calles, con toda clase de disfraces, diciendo chocarrerías como las que se oyen aún durante el carnaval romano (Censor, *de Die nat.*, 12, 1).

ratura; literatura muy profana ciertamente, pero tan nacional en Italia, que aun hace las delicias del pueblo y á veces también las de la gente de letras.

«Los labradores, dice, hombres robustos y felices á poca costa, después de recogida la cosecha, descansan con fiestas. Con sus sirvientes, sus hijos y sus mujeres ofrecen un puerco á la Tierra, leche á Silvano, flores y vino al genio del hogar. La licencia fescenina, nacida de tales fiestas, espárcia en versos dialogados sus rústicos sarcasmos. Al principio no era más que un alegre pasatiempo; pero esta jovialidad tomó luego mal carácter y asaltó las más honorables familias. Los heridos por ese diente cruel, recurrieron á la ley (1) que prohibió bajo severa pena ofender á nadie. Así, por miedo á la vara, se cambió de manera (2).»

Pero la vara no siempre estaba levantada. Por otra parte, cuando Pasquino, que es tan viejo en Roma, se puso en orden, la nobleza ganó acaso en ello, pero no el gusto público: por espacio de siglos, las castas doncellas, en el día de sus bodas, tuvieron que oír versos fesceninos, que las sonrojaban de vergüenza.

Los habitantes de Atela en Campania gustaban de groseras farsas: gestos y visajes, golpes, puntapiés, chistes grotescos, á veces sutiles y agudos, alusiones mordaces á los sucesos del día y á los contratiempos domésticos; toda la epopeya, en fin, de la *Commedia dell'arte* de los italianos modernos, cuyo héroe, el vivaracho Polichinela, descendiendo por línea recta de Maco, el alegre compadre de la Campania. Cuando los bufones de Atela, que recorrían la Italia,



Tapadera del cisto de Preneste

llegaron á Roma, la gravedad romana se desfrunció tanto y tanto se alegró, que los ciudadanos, que dejaban á los histriones la representación de las piezas sobrado serias de Livio Andrónico, representaron con máscara las *fábulas atelanas*, en que todo era cosa de risa. «Y se dispuso, dice Tito Livio, que las pudieran representar sin ser excluidos de su tribu ni de las legiones.»

La gran moda de las Atelanas es posterior á la época que nos ocupa, pero los personajes tenían ya su traje y su carácter tradicionales. Maco era el pícaro holgazán cuya glotonería y lujuria le atraían enojosas aventuras; Bucco, el parásito, el comilón desvergonzado y pegajoso, el gorrón que sabía comer siempre en mesa extraña; Papo, el viejo avaro y libidinoso, siempre en demanda de su mujer y de su dinero que le han robado, y Doseno, filósofo que se prestaba mucho á la risa por el contraste de su conducta con sus sentencias.

Versos fesceninos y farsas atelanas se mezclaron también en las representaciones escénicas. En 364 la peste desoló á Roma: se recurrió á los dioses, que se hicieron los sordos, después á los etruscos, que tenían fama de saber conjurar las calamidades. Los etruscos contestaron que los dioses se aplacarían, si se les honraba con representaciones escénicas; y para que los romanos pudieran celebrar estos espectáculos,

les enviaron al mismo tiempo histriones que á son de flauta ejecutaban danzas religiosas. La peste iba ya desapareciendo, el remedio parecía eficaz y se siguió el consejo. Algunos jóvenes romanos aprendieron las danzas importadas de Etruria, y cortaron su ritmo con cantos improvisados casi siempre, para enlazar una acción (3). Habían pues encontrado la comedia romana; sino que recordaba que había nacido en un tablado, hasta el día en que un poeta de genio, Plauto, se apoderó de ella, ó mejor dicho, la relegó á las plazuelas, produciendo en el teatro la comedia griega, que supo hacer él bastante romana para que encontremos en ella por aquí y por allá las costumbres de los romanos.

Los juegos florales datan de la época que historiamos. Fueron instituidos en 238, para obtener de Flora, la diosa de la primavera, que todas las flores de que estaban cubiertos los campos los días de su fiesta (4) dieran fruto. Diosa de la alegre fecundidad, Flora no inspiraba graves pensamientos, y sus juegos se celebraron con ruidosas risas en medio de una libertad que no tardó mucho en llegar á la licencia.

En el siglo siguiente, las bailarinas de Flora aparecerán sin velos á la vista de los espectadores, y Catón el Censor,

(3) Esta mezcla de música, de letra y de danza se llamaba *satura*. La *satura*, que no ha de confundirse con la sátira, fué por mucho tiempo el verdadero drama romano. Los ediles pagaban á sus actores.

(4) Desde el 28 de abril hasta el 3 de mayo.

(1) Las Doce Tablas.

(2) Horac., *Ep.*, II, 1, 139 y sigs.

por no turbar la diversión del pueblo, que no se atrevía á pedir los cuadros vivos en presencia de tan severo personaje, saldrá del teatro antes de que se presenten las almeas (1). Las posturas y palabras de los mimos estaban al nivel de las danzas lascivas de las bailarinas, y más tarde aun vinieron á ser más indecentes.

Las fiestas de Anna Perenna, la diosa de la vida, eran ocasión de alegres reuniones en los prados, que baña el Tíber con sus eternas aguas (*perennes*). En estos festines, beber hasta perder la razón y recordar en versos licenciosos las equivocaciones ó engaños de Marte, tomando una diosa decrepita por la hermosa Minerva, era considerado como una obra piadosa, y el cuidado de cantar historia tan escabrosa correspondía á las jóvenes (2).



Maco (4)



Personajes de las Atelanas

Los grandes juegos romanos eran más antiguos, haciéndose remontar su institución al primer Tarquino, y consistían en carreras de carros y luchas al pugilato. Celebrábanse en el Circo Máximo, entre el Aventino y el Palatino, en honor de las tres divinidades polladas de Roma, Júpiter, Juno y Minerva, y los ciudadanos asistían á ellos, pero á diferencia de los griegos, no descendían á la arena, que se entregaba á los caballeros y á los carreteros de profesión (5).

Conviene notar el origen de los juegos públicos de Roma, los cuales se establecieron con la mira de aplacar á los dioses ó de obtener su favor (6); y será menester recordarlo para comprender cómo, aun en la época de los mayores excesos, conservaron siempre el carácter de las fiestas nacionales y religiosas. «Varrón, dice San Agustín, pone las cosas del teatro entre las cosas divinas (7).»

Los combates de gladiadores provenían igualmente de la

(1) Val. Max., II, x, 8; Mart., I, pr.

(2) Ovid., *Fast.*, III, 675-676.

Nunc mihi, cur cantent, superest, obscena puella, Dicere: nam coeunt, certaque probra canunt.

(3) ...*Corona pudicitiae honorabantur.* (Val. Max., II, 1, 3.)

(4) *Maccus*, tonto pícaro, gracioso grotesco: es el Polichinela antiguo. Figurilla de bronce del gabinete de Francia, núm. 3096 del catálogo de Chabouillet.

(5) Los ciudadanos sólo tomaban parte en las llamadas *Consualia*, carreras célebres en honor del dios Conso, del que más tarde se hizo el Neptuno ecuestre. Las *Equirias* (Fest., s. v. *Equiria*, y Varr., de *Lingua lat.*, VI, 13) eran probablemente carreras de caballos libres, á la manera de las de los *barberi* del Corso moderno.

(6) *Ludorum primum initium... procurandis religionibus datum* Tito Livio, VII, 3.

(7) *De Civit. Dei*, IV, 1.

El pudor natural de la mujer se espantaba, sin duda en algunas; pero los antiguos comprendían este sentimiento de un modo distinto que nosotros: no lo hacían consistir en la *santa ignorancia* de la doncella, sino en la fidelidad de la esposa. Lucrecia era el modelo de las matronas, y las nupcias únicas valían gran renombre de castidad á la mujer *uni-vira* (3). Siendo el fondo del paganismo el culto de la vida, venía á ser un deber y un acto casi religioso trasmitirla. Por todas partes se veía su símbolo demasiado expresivo, y sin que la virtud se turbara, se oían las alusiones que á él se hacían, ni más ni menos que en tiempo de los troveros y de Rabelais, de Moliere y La Fontaine, nuestras abuelas oían sin espanto muchas cosas que ahora nos escandalizan á nosotros.

idea religiosa de que los manes aman la sangre, antiquísima creencia, común en la antigüedad y subsistente todavía en los pueblos bárbaros.

Los griegos, que sacrificaban cautivos y esclavos sobre el sepulcro de sus héroes, renunciaron á esta bárbara costumbre, que reemplazaron con útiles simulacros de combates y una danza guerrera, la *pirrica*; los etruscos conservaron la sangrienta costumbre y la transmitieron á los romanos. El primer combate de gladiadores que se hubiera visto en Roma, fué el que dos Brutos sostuvieron en los funerales de su padre el mismo año en que comenzó la primera guerra Púnica (264).

II. - CAMBIOS EN LAS COSTUMBRES, LA RELIGIÓN Y LA CONSTITUCIÓN.

Rica y poderosa ya Roma, quiso también ser hermosa, sin sacrificar demasiado á las Gracias. El coloso de Carvilio, la loba del Capitolio colocada el año 296 por los ediles en el monte Palatino cerca de la higuera Ruminal, y las pinturas de Fabio Pictor en el templo de la Salud (302), muestran que hasta las guerras Púnicas, el arte había permanecido sacerdotal, es decir, había servido sobre todo para la ornamentación de los templos. Los romanos, que todo lo tomaban de sus vecinos, fueron muy tardíos en tomarles el gusto de las bellas inutilidades del arte. Ellos se apoderaron de las estatuas de Veyos, de Volsena, de Siracusa, pero por sí mismos no las hicieron. Si para despertar patrióticos recuerdos, erigieron en el siglo v la estatua de Hermodoro, que había ayudado con sus consejos á los decenviros, y las de

los embajadores romanos degollados en Fidenas; en el iv y en el iii, las del augur Navio, Horacio Cocles y Clelio, de los reyes de Roma y de Bruto, artistas etruscos ó griegos, que no romanos, fueron los que las labraron, porque Rómulo y Tacio estaban desnudos como los héroes griegos.

Con el producto de las multas, ampliaban los ediles las calles de la antigua Roma, tan estrechas, que sólo las vestales y las matronas tenían el derecho de pasarlas en carro para las solemnidades religiosas, y desde el ejemplo dado por Apio, el audaz constructor de la Vía de su nombre y del primer acueducto romano, parte de los recursos del Estado se empleaban también en acabar los grandes trabajos de utilidad pública.

Después de la guerra de Pirro, Manio Curio había construído otro acueducto, y Flaminio, después de la derrota de los insubres, comenzó la segunda vía militar, la vía *Flaminia*, que partía de Roma para ir, allende el Apenino setentrional, á Arimino, al Adriático y á la Cisalpina: como la vía *Apia* debía conducir, al través del Apenino meridional, á Benevento, á Brindis y al mar Jonio (1). Con el tiempo, ambas á dos vías se flanquearon á una y otra mano de magníficos sepulcros, y el viajero que llegaba de las alegres ciudades de Campania, saludaba á los ilustres muertos de Roma antes de ver á sus cónsules y emperadores. Las prosaicas casas del Corso han reemplazado los sepulcros de la vía *Flaminia*; pero la vía *Apia* ha conservado parte de los suyos. En frente de estas ruinas, que encuadra tan bien el majestuoso horizonte de las montañas latinas, se olvida el lado vulgar de las costumbres de Roma, para no ver más que la severidad de su genio.

También se multiplicaban los templos. No todos los cónsules se asemejaban al parsimonioso Papirio, que el día de la batalla de Aquilonia, hubo de ofrecer á Júpiter una copa de buen vino, si las legiones salían victoriosas; «ofrenda, dice gravemente Tito Livio, que fué aceptada por el dios (3).» Siempre que un general se veía en aprieto, prometía edificar un templo á alguna divinidad, con tal de que le diera la victoria; por eso, Roma, la ciudad católica de las trescientas sesenta y cinco iglesias, ha tenido casi otros tantos templos paganos, cuando Júpiter reinaba en ella. Los paganos tenían á su disposición bastantes dioses para las dedicaciones, y cuando faltaban propios para las circunstancias del

caso, un epíteto añadido á un nombre hacía de un dios viejo otro dios recién nacido: Júpiter, Juno, Fortuna, etc. tuvieron así innúmeros sobrenombres. No sabemos si en ello ganaría mucho la piedad, pero la vanidad de las familias no perdía á buen seguro. Estos monumentos que recordaban sin cesar la gloria de los que los habían erigido, preparaban á ellos mismos y á sus hijos elecciones favorables. Cuando no hubo ya comicios en Roma, erigir un templo con una imagen divina, fué todavía en las ciudades del alto imperio el más seguro medio de granjearse el favor popular.

(1) Flaminio construyó también en Roma el circo que lleva su nombre, y se procuró los recursos necesarios para estos grandes trabajos haciendo recaudar rigurosamente los impuestos que los detentadores de los bosques, pastos y minas del Estado debían al tesoro y se olvidaban á veces de pagar, contando con la tolerancia del senado.

(2) Estatua encontrada en las ruinas del *forum Archemorium*. Museo del Louvre, núm. 702 del catál. Clarac.

(3) *Id votum diis cordi fuit* (X, 42). Papirio juzgaba sin duda por los suyos los gustos de los dioses. Se le reprochaba ser muy aficionado al vino, y Tito Livio dice de él: *...ferunt civi vinique capacissimum.* (X, 16; Dion., fragm. 92.)



Atleta vencedor al pugilato (2)

Los particulares ansiaban para sí mismos este lujo que en otro tiempo sólo se desplegaba para los dioses. El arte griego entraba en Roma, donde embellecía el vasto sepulcro que los Escipiones se hacían construir; y algunas casas, dice Floro, ostentaban ya el oro, la púrpura, las estatuas y todos los refinamientos del lujo tarentino. Con todo eso, estas palabras de templos y estatuas no han de darnos idea de una población donde la cultura tenía ya derecho de ciudadanía. En primer lugar, no hubo jamás arte romano, aunque hubiera habido más tarde magníficos monumentos inspirados por el genio de Roma. Y, cosa singular, la Roma cristiana no ha sido más fecunda en artistas (4); pero en la una y en la otra ¡cuántos hombres de gobierno! En segundo lugar, ciertos hechos arguyen también mucha rudeza. La introducción en Roma, hacia el año 300, de la costumbre griega de rasurarse la barba, no tiene ninguna significación. Pero vemos, poco después, que Papirio Cursor trae como objeto triunfal un cuadrante solar que hizo poner en una pared del templo de Quirino, y por ello hubo de admirarse mucho. Por desgracia, no habiéndose construído este *solarium* para la latitud de Roma, no señalaba la hora verdadera, y hasta al cabo de un siglo no se supo rectificar aquel ni hacer otro más exacto. Más tarde se esperó aún al año 159, para tener una clépsidra pública que señalara la hora así de día como de noche.

En 219, un médico griego, Arcagatos, vino á establecerse á Roma. Al principio fué muy bien acogido; se le concedió el derecho de ciudadanía y consiguió que del tesoro público se le comprara una casa, donde pudiera asistir á los enfermos. No se le buscaba sino para fracturas y heridas, siendo las enfermedades internas de la competencia de los curanderos y de los dioses. Con esto se le llamaba el *Vulnerario*, es decir, el médico de las heridas. Estuvo Arcagatos algún tiempo de moda; pero después, como su terapéutica consistía casi exclusivamente en quemar las heri-



Loba del Capitolio (5)

dedió el derecho de ciudadanía y consiguió que del tesoro público se le comprara una casa, donde pudiera asistir á los enfermos. No se le buscaba sino para fracturas y heridas, siendo las enfermedades internas de la competencia de los curanderos y de los dioses. Con esto se le llamaba el *Vulnerario*, es decir, el médico de las heridas. Estuvo Arcagatos algún tiempo de moda; pero después, como su terapéutica consistía casi exclusivamente en quemar las heri-

(4) No ha producido más que á Julio Romano.

(5) Este grupo existe aún; es una obra etrusca, aunque los dos gemelos parecen de época posterior.